

**CONGRESO
INTERNACIONAL DE
INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL
ARTE SOCIAL Y
ARTETERAPIA**
*de la creatividad al
vínculo social*

978-84-695-6787-6



**CONGRESO INTERNACIONAL DE INTERVENCIÓN SOCIAL, ARTE SOCIAL
Y ARTETERAPIA. Balneario de Archena, Murcia. 28/11 al 1/12/12.**

Comunicación:

**VIOLENCIA DE GÉNERO ó EL GÉNERO DE LA VIOLENCIA. Reflexiones
alrededor de varios casos en grupos de arteterapia.**

Ponente: **Pilar Ascaso Palacín**

1. VIOLENCIA DE GÉNERO

En 1996, cuando formamos en Baleares el primer grupo de trabajo especializado en atención psicológica a mujeres que sufrían maltrato, este tema todavía estaba en fase incipiente, tanto en las islas como a nivel nacional. Ni siquiera los cuerpos policiales estaban preparados para asistir a una mujer que les pedía ayuda huyendo de su pareja. Las más de las veces le aconsejaban que se calmara, que volviera a casa con su marido y que intentara arreglar las cosas de otro modo. La violencia en el ámbito familiar ha sido una característica tolerada y aceptada desde tiempos remotos, algo que sucedía en la intimidad del hogar y al considerarse de índole privada sólo concernía a los miembros de la familia.

El paso de ser cuestión privada a ser un problema social fue fundamental para situar este fenómeno en el escenario adecuado. De hecho, aunque el maltrato a las mujeres era un problema grave que resonaba por todo el mundo, no se empezó a reconocer de forma institucional hasta el último cuarto del siglo XX. El papel de Naciones Unidas fue fundamental en este tránsito al impulsar cuatro Asambleas Mundiales sobre las Mujeres, convocadas en diferentes países desde 1975 a 1995, contribuyendo así a situar en la agenda política mundial la causa de la igualdad entre los géneros, y reconociendo la violencia machista como la máxima expresión de la discriminación de género.

La OMS (Organización Mundial de la Salud), en 1989 reconocía en su Declaración de la Violencia contra la mujer que era una prioridad internacional para los servicios de salud, al declararla como la primera causa de muerte de las mujeres en el mundo.

El concepto de Violencia de Género se acuñó posteriormente, en 1994, cuando la Asamblea General de Naciones Unidas realizó su 'Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer' (Res.A.G. 48/104):

«A los efectos de esta declaración, por "Violencia contra la mujer" se entiende todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada».

En nuestro país, el fenómeno de la violencia de género fue saliendo a la luz en las dos últimas décadas del siglo XX, a medida que se hacía realidad la progresiva emancipación de las mujeres, con su incorporación masiva al mundo laboral, se aprobaba el divorcio en 1981, y poco después, en 1985, se despenalizaba el aborto inducido. La creación paulatina de servicios multidisciplinares especializados para atender esta problemática a los que se podía acudir para asesorarse y apoyarse gratuitamente también facilitó que muchas de ellas se decidieran a pedir ayuda. De esta forma se fue generando una serie de reacciones en cadena de mujeres que llevaban tiempo soportando malos tratos de su pareja y que empezaban a buscar salidas a esa situación, lo que a su vez fue precipitando en muchas de sus parejas otra serie de respuestas en cadena aún más agresivas.

Volviendo a nuestra localidad, las principales movilizadoras iniciales fueron algunas asociaciones de mujeres, especialmente el Lobby de Dones de Palma de Mallorca, quienes llevaban tiempo haciéndose eco de este problema y contactaron con el Colegio de Psicólogos de Baleares en demanda de soluciones. A raíz de esta petición un grupo de profesionales impulsamos el Proyecto de Atención Psicológica a Mujeres Maltratadas, siendo tutelado en sus inicios por el Colegio de Psicólogos, para pasar posteriormente a formar parte de la Oficina de Ayuda a las Víctimas del Delito (OAVD), dependiente de la Comunidad Autónoma de Baleares.

Desde entonces, el protagonismo relevante que ha ido adquiriendo la violencia de género ha favorecido el desarrollo de todo tipo de planes estatales, proyectos y programas de intervención, estudios e investigaciones, que nos han facilitado el poder observar y comprender mejor qué es, cómo se

desarrolla, cómo funciona en el ámbito de lo cotidiano y cuáles son las vías más adecuadas de atención y prevención.

2. EL GÉNERO DE LA VIOLENCIA

El trabajo desempeñado durante 12 años en la OAVD, me fue abriendo la mirada a una comprensión más global del tema de la violencia. A medida que se estudiaba y analizaba la situación del maltrato a las mujeres, más evidente era la dificultad de perfilar sus límites, solapados en muchas ocasiones con otras formas de violencia, como el maltrato infantil, el abuso sexual, o el maltrato a los mayores, y más complejo se hacía diferenciar en la práctica qué era y qué no era violencia de género. El proceso por el que una persona llega a maltratar a otra en un entorno familiar o cercano no es algo que suceda bruscamente, sino que llega como consecuencia de una serie de vivencias y factores encadenados de los que en principio nadie permanece al margen. Por estos motivos, era frecuente encontrarse con tipos de violencias varias dentro del ámbito familiar.

Desde este prisma ampliado se observaba con más claridad cómo la violencia está instaurada en la base social, y cómo puede darse a lo largo del desarrollo evolutivo de la persona, en todas sus formas y en todos los niveles de relaciones, entre la pareja, de padres a hijos y viceversa, entre otros familiares, o en las relaciones laborales. En este trabajo nos ceñiremos al nivel de las relaciones interpersonales -el microsistema de la persona-, sin entrar en otros campos más generales que igualmente repercuten en la calidad de vida individual, como serían las violencias del exosistema (nivel social) o las del macrosistema (violencias a nivel de culturas o religiones).

Si miramos a nuestro alrededor continuamente se puede constatar cómo las semillas de la violencia y sus manifestaciones conviven permanentemente entre todos, en un continuum que se mueve desde las formas de maltrato más sutiles hasta las más extremas. Las formas sutiles pueden ser pequeños actos (una sencilla falta de respeto, una mentira, una manipulación) que están en muchos casos tan socialmente aceptados y estamos tan acostumbrados a ellas que no las percibimos como gestos de violencia, sino como parte lógica y normal de la vida. El caldo de cultivo donde la violencia crece se condensa especialmente en las situaciones de desigualdad y se manifiesta fácilmente en

las relaciones de poder, tal como ocurre en las relaciones de características machistas.

Si nos paramos a pensar y repasamos nuestra historia personal con detenimiento, es posible que surjan algunos recuerdos de este tipo. Todos hemos sido testigos de algún tipo de ataques perversos, o de encarnizamientos en algún grado, ya sea en la pareja, en la familia, en el trabajo, o en la vida política y social. Todos, en situación de crisis, podemos llegar a utilizar mecanismos perversos de violencia psicológica o hemos manipulado alguna vez a alguien con el objeto de obtener alguna ventaja, y todos hemos sentido alguna vez un odio destructor pasajero. Forman parte de la naturaleza humana, pero si no se reacciona a ello poniendo límites, pueden transformarse progresivamente en verdaderas conductas perversas.

Todo ello me fue llevando a diversos cuestionamientos que acabaron desembocando en una praxis profesional más abierta, que oscilaba del foco directo en la violencia de género hasta el enfoque más amplio del género de la violencia.

3. AMOR Y VIOLENCIA

Así pues, paralelamente al trabajo realizado en el ámbito de la violencia de género, más consistente se hacía la necesidad de tener en cuenta todas las formas de violencia. Pepa Horno, coordinadora de programas en Save The Children, plantea el tema de la violencia como un problema universal y multicausal, que está más relacionada con el modo en que manejamos el poder en nuestras relaciones personales que con una cultura determinada. Ese poder es un arma de doble filo, el mismo que nos sirve para influir en el otro positivamente, favoreciendo su crecimiento, nos permite herirle y dañar su desarrollo.

Explica que según diversas estadísticas, aproximadamente el 80% de los casos de violencia más común y relevante se da en los niveles intrafamiliar e intracomunitario. Es decir, esa gran parte de actos de violencia ocurren en los ámbitos más íntimos de las relaciones personales. La mayoría de los casos de violencia tanto hacia adultos como hacia los niños o personas de la tercera edad, se dan por parte de personas del entorno familiar y cercano, personas que se supone deberían protegerla y a las que probablemente respetan y

quieren. Esto hace que la víctima que lo sufre no lo 'registre' en su mente como un acto de violencia, dándole otras connotaciones mentales y emocionales para poder 'integrarlo' de alguna manera en su experiencia de vida.

Por ello, uno de los aspectos que nos hacen más difícil comprender la complejidad de la violencia en las relaciones humanas, es que estamos habituados a entender la violencia como si estuviera separada del amor o de los afectos. Pensamos que alguien que ama de verdad no puede dañar a quien ama, porque vemos la violencia como algo destructivo, como lo contrario del afecto.

Pero el tema es más complejo. Estamos hablando de algo que no se puede simplificar ni catalogar de forma superficial. No podemos clasificar la violencia en las relaciones sencillamente en términos de buenos y malos, o de enfermos y sanos, o separar totalmente lo que es violencia doméstica de lo que no lo es, como hemos visto. A menudo los límites no son tan claros ni tan cerrados como querríamos creer. Cuando pensamos en la violencia, siempre pensamos en algo destructivo, lo consideramos la antítesis del afecto, de la vinculación afectiva. Del mismo modo, cuando pensamos en la palabra afecto siempre pensamos en algo positivo, constructivo, pleno, algo que hace crecer. Pero hemos de entender que es un concepto idealizado y sesgado del afecto. En el afecto también puede haber manipulación, engaño y daño. Hay afectos que dañan, afectos que destruyen sin dejar de ser afectos.

Si la violencia se instaura en el núcleo familiar se convierte en un círculo vicioso, que se reproduce a sí mismo generando un fenómeno de escalada, y puede pasar de generación en generación. De esta forma, la violencia entre los padres también afecta a los hijos, directa o indirectamente, pues siendo testigos de un conflicto que no les concierne, pueden llegar a recibir toda la maldad que éste conlleva. La violencia familiar altera por completo la convivencia cotidiana, tanto en el presente por las agresiones repetidas y el clima que las rodea, como en el futuro por las secuelas profundas que deja en quienes la sufren y que pueden manifestarse de muy diversas maneras.

4. LA EXTENSIÓN DE LA VIOLENCIA Y SUS SECUELAS

En este sentido, una gran investigadora del maltrato en la infancia, la psiquiatra Alice Miller (2009), que lleva más de treinta años de asistencia

clínica y estudiando los traumas derivados de estos abusos, ha demostrado la dinámica existente entre las causas y las consecuencias del maltrato infantil. Ha explorado lo que un niño siente cuando sufre maltrato y cómo la represión de estos sentimientos genera una serie de efectos en la vida del adulto y en todo el entramado social, destacando que es posible superarlo a través de un trabajo terapéutico adecuado.

De sus investigaciones sobre el alcance mundial del maltrato infantil, Miller ha descubierto que es un fenómeno mucho más extendido de lo que pudiera parecer, ya no en épocas anteriores, -cuando la infancia no se valoraba y el maltrato se consideraba algo normal-, sino también en nuestra época, en que muchas personas creen que este tipo de violencia se ha reducido y minimizado considerablemente. Pues según parece, aún se arrastran muchas ideas y creencias perniciosas para la salud de los infantes. Un ejemplo de ello es lo que Miller (1985) denomina “pedagogía perversa”, refiriéndose al tipo de maltrato psicológico que va disfrazado de educación cuando ésta se basa en el abuso de poder, tanto de padres como de profesores. Este método tóxico de enseñanza causa un dolor extremo en el niño. Si este niño llega a adulto sin haber elaborado el daño y el dolor de la experiencia, con mucha probabilidad perpetuará el abuso de poder, volviéndose a la vez tóxico en sus relaciones al no conocer otra forma de resolver los conflictos. Los niños o las víctimas bajo maltrato psicológico, con el tiempo ‘olvidan’ las agresiones sufridas, pero por otro lado, paradójicamente las reproducen sobre sí mismos o sobre los otros.

El maltrato infantil está tan extendido que, según un informe reciente de Save the Children, actualmente se sigue justificando el castigo físico de los padres en todo el mundo. En España, por ejemplo, han descubierto que casi el 60% de los padres ven necesario pegar alguna vez al niño para educarlo, siendo los castigos físicos más comunes la bofetada, golpes en la cabeza, sacudidas, insultos, gritos, amenazas, estirar del pelo, pellizcar, pero también otros más graves, como golpes con el cinturón, o encierro a oscuras. Esto sin entrar en el maltrato psíquico, mucho más frecuente, o en el duro tema de los abusos sexuales.

Desde esta perspectiva más global de la violencia en todas sus formas cobran mayor relevancia los efectos que se derivan de su práctica en el entorno intrafamiliar. Estos efectos pueden tener una influencia determinante

en la vida de las personas, según el tipo de secuelas que se generen y la envergadura de las mismas, dependiendo todo ello de diferentes factores, como por ejemplo, el modo y circunstancias en que la persona integre esta vivencia, los factores de protección presentes en su vida y la posibilidad de modelos afectivos alternativos en los que apoyarse.

De modo que cualquier intervención terapéutica con las víctimas de violencia o con sus agresores, sean quienes sean, requiere un trabajo a largo plazo sobre sus modelos afectivos, sobre su forma de relacionarse afectivamente con los demás. No se trata en ningún momento de justificar o eximir de la responsabilidad de la agresión, sino de posibilitar elementos que contribuyan a mejorar nuestra intervención profesional, para que sea lo más eficaz y útil posible en el sentido de acompañar al paciente en la búsqueda de su verdad y en el afrontamiento de sus conflictos.

En mi práctica clínica, tanto en el ámbito privado como en el público, la experiencia confirma que en las biografías de las personas tratadas hay muchos más antecedentes de violencia -de cualquier tipo- de lo que en principio puede parecer, en la mayoría con secuelas observables, pero en muchas ocasiones son aspectos que necesitan de tiempo para que puedan emerger y trabajarse, pues están enterrados en simas profundas de difícil acceso, debido a las fuertes cargas de dolor y rabia contenida que conllevan.

En la OAVD las condiciones prefijadas de la asistencia psicológica que realizábamos se daban dentro de un marco de terapia breve, que disponía de un máximo de diez sesiones. Este marco de trabajo se apoyaba en las teorías de los diversos estudios e investigaciones realizados sobre el fenómeno de la violencia de género, centrando la intervención desde un enfoque que incluía la perspectiva de género, y que tenía en cuenta los factores individuales, sociales y contextuales de las mujeres.

Esto en sí mismo ya constituía un gran paso para muchas de las mujeres atendidas y se traducía en cambios directos importantes en su vida, pero no permitía desarrollar un trabajo a más largo plazo para abordar las secuelas de mayor envergadura.

Así pues, a medida que entendía mejor las consecuencias de la violencia para la salud integral de las personas maltratadas, más necesario me parecía la ampliación del programa, buscando la manera de avanzar en el

desarrollo de un enfoque más ambicioso, que tuviera en cuenta dos aspectos muy importantes.

El primero, poder disponer de un número más amplio de sesiones, dentro de lo permitido por las posibilidades presupuestarias institucionales. El segundo, que el método fuera más similar al trabajo terapéutico realizado en el ámbito de la práctica privada. Cuando se llega a trabajar más extensamente sobre el relato que la persona construye de su vida a través de sus vínculos afectivos, es posible acercarse a núcleos más profundos, donde encontrar respuestas que están en la base de sus problemas actuales.

Esto permite trabajar no sólo con las secuelas de la violencia, sino también –y más importante aún- con las zonas neuróticas de la personalidad que se apoyan sobre el esqueleto del carácter, formadas básicamente en los primeros años de la infancia y que están constantemente determinando las respuestas que tenemos ante las situaciones, normales o conflictivas, de la vida. Permite ampliar la visión y comprensión de uno mismo. Permite generar una nueva perspectiva que ayuda a entrar en un camino de sanación y desarrollo de los potenciales personales.

5. EL TALLER DE ARTETERAPIA

Este nuevo planteamiento se materializó a través del proyecto para realizar talleres grupales de arteterapia con mujeres en situación de maltrato, que presenté en el año 2007 al Programa de Atención Social Integral a Víctimas de Violencia de Género, del Ayuntamiento de Palma.

Los nueve meses de duración de cada taller permitieron crear un espacio suficientemente consistente donde las participantes, dentro de sus motivaciones, posibilidades y limitaciones, pudieran trabajar tanto con las vivencias del maltrato como en la profundización de sí mismas (observarse, expresarse, indagar, compartir con las compañeras, etc.), llegando a obtener unos resultados a los que nunca se había podido acceder en la atención breve individualizada.

En este contexto terapéutico, a través de las obras realizadas y de su reflexión, se fomenta la visión holística, poder verse antes como personas que como víctimas, permitirse entrar en lugares interiores no transitados desde los cuales conocerse mejor y re-conocer los agujeros de su arquitectura psíquica

por los que pierden las fuerzas, observar cómo éstos influyen en el mantenimiento de sus relaciones enfermizas, a través de juicios, prejuicios, creencias, miedos, expectativas, deseos, etc., muchas veces de forma inconsciente. Pueden descubrir de qué manera lo hacen y en qué punto se bloquean, pueden tomar conciencia de cómo se auto-agreden al dejarse agredir, de cómo afianzan su identidad alrededor de su rol de 'víctimas' con determinadas actitudes. A partir de ahí será más posible empezar a descubrir las verdaderas fortalezas propias en que apoyarse para vivir su vida de forma más armoniosa.

En definitiva, el tratamiento se aborda con los mismos patrones básicos que se trata cualquier otro síntoma en psicoterapia o en arteterapia. Igual que otros pacientes que acuden con problemas diferentes, el síntoma, sea cual sea, es una llamada de atención, pone de relieve una situación de crisis lo suficientemente grave como para llevar a la persona a moverse y buscar ayuda. Como decía Guillermo Borja (1995), las situaciones de crisis nos atemorizan mucho, porque al vernos obligados a afrontarlas, suelen mostrar todo lo que está irresuelto (la dependencia, la necesidad, la carencia, los miedos, etc.). Por ello, son la mejor oportunidad para trabajar y sanar los aspectos que mantienen a la persona estancada en su evolución, pues las crisis mismas poseen los elementos de la curación.

Los síntomas de la mujer maltratada, como los de cualquier otra persona que sufre, se superarán mejor a medida que ella pueda afrontar sus propias perturbaciones psíquicas. Y sólo cuando la persona se siente escuchada, comprendida, apoyada y contenida desde un marco terapéutico adecuado, seguro, puede quizás reunir las fuerzas suficientes para enfrentarse a sí misma y a sus propios enemigos interiores, que suelen ser los peores.

6. REFLEXIONES ALREDEDOR DE VARIOS CASOS EN ARTETERAPIA

Las obras que se mostrarán a continuación y que vamos a ir comentando representan momentos clave en el proceso terapéutico de algunas de las participantes, momentos de 'insight', de darse cuenta, que supusieron puntos de inflexión en su toma de conciencia.

Dentro de esta perspectiva holística en la que fueron desarrollando el coraje de verse a sí mismas con honestidad, muchas de estas mujeres

descubrían que gran parte de sus vivencias internas, olvidadas en zonas oscuras y alejadas de la conciencia, tenían que ver con algún tipo de violencia sufrida en etapas evolutivas anteriores. Podían vislumbrar cómo las secuelas traumáticas que arrastraban seguían marcando y condicionando aspectos actuales de su vida, en especial de su autoimagen y autoestima progresivamente negativizadas, lo cual unido a otras circunstancias socio-culturales de corte extremadamente machista en las que se encontraban favorecía el quedarse atrapadas en la red enfermiza del maltrato. Cuando estos factores salen a la luz y se van trabajando, se abren nuevas vías donde es posible no sólo recuperarse de los traumas, sino crear relaciones más sanas y reencontrarse con lo mejor de sí mismas.

Este proyecto grupal de arteterapia se suspendió después de tres años, debido a la coyuntura política y económica por la que atraviesa este país. Pero creo firmemente que es fundamental seguir trabajando para que en las instituciones públicas que han de velar por la salud integral de la población, pero especialmente de los sectores más desfavorecidos y afectados por problemáticas destacadas, se comprenda la importancia de crear y mantener marcos de trabajo terapéutico que sean más ajustados a las verdaderas necesidades de las personas. Sólo así es posible obtener resultados que a la larga redunden en una mejor salud psíquica.

La violencia manifiesta y la violencia larvada, sean del tipo que sean, son uno de esos males principales que hay que combatir de forma similar a las plagas, que se difunden con facilidad y se hacen resistentes con el tiempo, siendo verdaderos gérmenes transmisores de enfermedades diversas, somáticas y psicosomáticas, que van alterando a individuos y sociedades enteras.

Por todo ello, creo que socializar el desarrollo de la salud psíquica de las personas debería ser la siguiente revolución que los seres humanos hemos de alcanzar, tras las otras revoluciones históricas que ayudaron a que la humanidad evolucionara, la última y bien actual todavía, la liberación de la mujer.